

Un Bachillerato ridículo

Julián Martín Martínez – Presidente de la Asociación Nacional de Catedráticos de Instituto (ANCABA)

Ya sabíamos que este Bachillerato de dos años tenía una estructura insuficiente. Se veía venir que no iba a valer ni para repescar a los alumnos atrasados ni para preparar para la universidad. Sabíamos que era inútil para la tarea imprescindible de rellenar los vacíos científicos de la ESO, reflotar a los alumnos y capacitarlos para poder acercarse a los niveles científicos tradicionales del Bachillerato. Sabíamos que era inútil para que el alumno pudiera asumir los contenidos epistemológicos de un Bachillerato digno realmente propedéutico. No hacía falta ser adivino ni realizar estudios prospectivos para tener estas certezas.

Se empeñaron en mantener esa estructura y se negaron a implantar un Bachillerato de tres años, imprescindible para superar la escabechina de la ESO, imprescindible para, tras recuperarse, realizar un Bachillerato digno de tal nombre. Se equivocaron al hacer la LOGSE y mantienen el error y no se enmiendan al hacer la LOE. Por algo son técnicos y no profesores de aula. Ahora, jugando a políticos, parece que lo quieren desprestigiar más ofreciendo un Bachillerato a la carta y a salto de mata.

Cada curso, los profesores constatamos la insuficiencia de este Bachillerato ridículo: por la duración de dos años, por el número de horas de algunas asignaturas (Lengua y Literatura), por la preparación (falta de preparación) que traen los alumnos.

Ya sabíamos que iba a ser muy difícil que no se diera continuismo entre la ESO y el

Bachillerato. Los alumnos no perciben la diferencia entre enseñanza obligatoria y no obligatoria (aunque el trabajo sea obligado en todas las etapas) y a los profesores nos resulta difícil convencer a los alumnos de la imperiosidad del cambio de actitud para conseguir los objetivos académicos. Al final, también los profesores «se acomodan» para poder sobrevivir.

Salto al vacío

En definitiva, entre la ESO y el Bachillerato se produce un salto en el vacío y los alumnos no tratan de acercar las dos orillas y superar las distancias entre los dos tramos. Muchos de ellos no sabían por qué estudiaban la ESO y, como la consecuencia más normal, se matriculan igualmente en Bachillerato porque sí y, por supuesto, dejando a un lado todos los «considerados» de la evaluación y todos los consejos del equipo docente que le otorga el título de graduado en ESO.

En 1º de Bachillerato todos los profesores realizan, más o menos, las siguientes operaciones para saber cómo están nuestros alumnos. Un cuestionario de cultura general y otro específico de la asignatura, una redacción y el análisis de un texto (esquema de ideas y comentario) nos dan la talla académica del alumno. Evidentemente no puede ser distinta de la que tenía al finalizar la ESO, pero el profesor siempre espera que haya sufrido una metamorfosis durante el verano. Ya podemos realizar las mismas

pruebas un poco más aquilatadas científicamente pero los resultados nos reclamarán de una u otra manera que el profesor se convierta en redentor.

Son nuestros alumnos, que en su mayoría han pasado por las aulas de nuestro Instituto. Esto supone que tendríamos que haber regenerado a los alumnos en el período de la ESO, pero en las Memorias de final de curso está recogido también lo que nos ocurre en la práctica docente. Problemas en la Primera Etapa por falta de base y de interés; problemas en la Segunda Etapa porque aumentan las carencias (se acumulan) y son ya muchos los alumnos que tienen unas actitudes muy firmes de oposición al sistema.

Carencias acumuladas

En Bachillerato queda patente que el uso instrumental de la lengua para acceder a los conocimientos científicos es muy débil. Este ejercicio (comprensión y expresión) tiene que realizarse en todas las asignaturas y parece que, a pesar de las llamadas en los claustros y en la Comisión de Coordinación Pedagógica, todavía el conjunto del profesorado no hace lo suficiente. El alumno viene desarmado, sin dominar las técnicas de trabajo intelectual (TTI) y sin el dominio de la lectura comprensiva y no será porque el enfoque de los libros de texto de Lengua no insista en esta orientación práctica.

A cada profesor no le queda más remedio que completar las estrategias para re-

flotar a los alumnos que llegan al Bachillerato. Visto lo anterior, los dos primeros meses son como una puesta a punto para poder iniciar la carrera del curso. Es decir, hay que perder dos meses para ganar algo en la capacitación de los alumnos. Sólo queda entregar materiales específicos a algunos alumnos para ver si se recuperan a lo largo del primer trimestre (ahora de cuatro meses). Los que más lo necesitan no suelen tomar conciencia de su situación.

En definitiva, con los mismos libros de texto se puede comprobar la falta de entrenamiento en lectura comprensiva: no son capaces a las puertas de la Universidad de entender las ideas expresadas en registro elaborado, de lengua formal o abstracta, con la terminología propia de cada ciencia. Lo mismo ocurre sin ir más lejos, por ejemplo, con los textos periodísticos. No hay más tiempo para más repescas. Al menos hemos tratado de tranquilizar la conciencia. Pero el programa es el programa y es preciso seguir adelante para cumplir con el temario que nos viene dado por la universidad. Acaba el profesor consolándose porque tampoco la selectividad exige demostrar tanto; por ejemplo en Literatura donde se pregunta a los alumnos aquello que se formulaba antes en un examen de EGB, v.gr., «La Generación del 98 y sus autores». Para este viaje no necesitábamos alforjas. La inutilidad de este Bachillerato es manifiesta, aunque tal vez por esto mismo valga con la ridiculez de dos años. Pero así está la cosa.

En peligro de extinción

Juan Carlos López Rodríguez – Maestro

Hay una especie de maestros en peligro de extinción. Me refiero a ese tipo de docentes que se lee los periódicos educativos de «pe a pa», que en la mesilla de noche tiene libros de educación, que observa en los parques a los niños y que en los mayores ve una oportunidad de aprender, de cómo eran sus escuelas. Sí, reconozco que somos, a veces, un poco pesados, ya que la escuela la llevamos tan dentro que muchas veces la seguimos sacando fuera, cuando estamos en familia, con los grupos de amigos.

Somos de esos maestros que parece que vamos a heredar el colegio y lo sentimos como nuestro desde que llegamos, pensamos que hacer un colegio lleva muchos años y mucho esfuerzo, pero que, deshacerlo lo puede deshacer cualquiera. Es muy fácil cargarse un colegio con terrorismo pedagógico (gritos a niños de 3 años, pasotimo en el aula, ir a clase sin prepararlas...).

Tengo que reconocer que me encanta escuchar a entusiastas de nuestra profesión, pero veo que realmente el maestro, al menos este tipo de maestro, es una especie en peligro de extinción. Porque, por una parte, no se está haciendo de esta profesión, una profesión atractiva. No hay una buena publicidad de ella, al contrario, existe una excesiva propaganda de la violencia en la escuela, algo no siempre real y muchas veces sobre dimensionada. Y, en los casos en que la vio-

lencia es real, no se realizan o no se difunden lo suficiente las medidas de protección o corrección que se toman para evitarla. Solo se propagan sus problemas y deficiencias y no sus virtudes y parabienes (que son muchos). A esto podemos añadir, sin caer en catastrofismos, que los problemas que se manifiestan en la juventud se reflejan en la escuela cuando se incorporan nuevos docentes. Es fácil ver cómo en muchos de los docentes noveles que se incorporan a los centros educativos, su grado de compromiso educativo no es el deseable, sus conversaciones no se caracterizan por el predominio del tema educativo. Y aunque parezca anecdótico, como decía D. Ángel Bueno, inspector jubilado, si un cura no habla de Dios en dos horas de conversación o un enamorado, en dos horas, no habla de su novia, ¡mallo!, del mismo modo si un maestro no habla de educación, ¡mallo!... Por el contrario va creciendo la cultura del tapeo, cotilleo y marujeo, que desde luego no beneficia la imagen ni el ambiente de los colegios.

Los maestros que yo encontraba en mi camino, se tenían que encontrar en un estado «prácticamente crítico» para coger una baja; en la actualidad un simple, «me duele un poco» es razón más que suficiente para ausentarse unos días.

Un gran maestro, me decía un día, «Juan Carlos estás pasado de moda, escribes como un maestro». Y puede que tuviera ra-

zón, que no se lleve ser maestro, pero los que nos sentimos como tal, nos resistimos a que se pierda o se degrade la profesión. ¿Qué podemos hacer? Ya desde la propia selección, se debería realizar algún tipo de filtro para que no cualquiera pueda ejercer de maestro (test psicotécnicos o de personalidad previo a una oposición o una interinidad o para acceder a la escuela privada). Al mismo tiempo se debería proteger a la especie en peligro de extinción, es decir reforzar su autoridad, valorar su trabajo, reconocer su labor, firmar algún tipo de acuerdo o compromiso social con los medios de comunicación que favorezca una imagen más positiva de la docencia, que también se da. Los directores de los centros deberían conocer, reconocer y blindar a sus buenos docentes, que los hay y los conocen y si no los conocen los deberían conocer.

Se debería cuidar la formación inicial y continua de los maestros, y en ambas debería contarse con estos maestros en peligro de extinción, y como decía Marta Mata, «todo profesor de las Escuelas Universitarias de Magisterio debería ser también maestro».

Ya decía Andrés Manjón que no se puede llamar maestro:

A quien sus padres dedicaron a maestro, porque es carrera breve. Holgazán y flojo para el trabajo del campo y taller, que se hace maestro por no doblar el espinazo.

Estudiante fracasado de carrera larga, se fuga en el magisterio donde sin mucho saber dan cubierto, aunque modesto en la mesa del presupuesto.

Tan amigo de la escuela que la llama su cárcel y a los alumnos, inspectores y a las autoridades sus carceleros.

Sea por fás o nefás, medio año está de huelga, y el otro medio procura distraerse leyendo novelas o periódicos en la escuela o escribiendo cartas y pintando monos.

Serán pues, intrusos en el magisterio los maestros que en él entran sin vocación ni condiciones, o las pierden después de haber entrado.

Incluso se atrevía a definir como un *asaltacalles*, al maestro que no gana el pan que come, que sólo piensa en sí, en su comodidad, en su sensualidad, y en llevar una vida holgada, veleta de todo viento, que se afilia al banco de los que mejor sirven, es de carne y la tiene bien sobrada.

Puede que haya sido así siempre, ¿quién sabe?, me consta que no es una cuestión sólo de edad. Pero me sorprende e incluso me asusta que las personas que deberían estar con el 'efecto gaseosa', en su estado de máxima ilusión y ebullición educativa, vengán con más conocimientos legales, sobre todo si se trata de derechos personales, que conocimientos pedagógicos y de implicación educativa.

O a lo mejor tenían razón y estoy pasado de moda, y es que soy un maestro.